



## CORRESPONDENCIA



No quiero volcar mis sentimientos personales, si bien de alguna manera no lo puedo evitar, sólo trato de aportar un poco de luz sobre alguien que fue nombrado en el exterior únicamente a través de su suicidio. Este acto no fue un hecho aislado, producto de un timorato o de un depresivo, sino la última respuesta de alguien a quien no se le permitió el beneficio de la esperanza.

Es imposible pensar en Edgardo Domingo Guerra sin entrar un poco en la ya tan lejana Argentina de los años 70. El *Gordo* había nacido en Gualaguaychu, pueblo de campos arroceros y tremendos trigales en el nordeste del país. Oficiaba de monaguillo en la parroquia central mientras transcurría su infancia. Fue esa época que siempre recordaría en su juventud: mañanas de sol en la plaza jugando a las canicas con ese cuerpo que ya se insinuaba demasiado grande para él. Lo llevó a entrar al seminario el miedo a todo lo que no fuera esa vida sin ángulos ni sorpresas que veía se le estaba acabando junto con la adolescencia. Cambió la parroquia del pueblo por la catedral de una capital de provincia, pero siempre el mismo silencio a la sombra de los árboles conventuales.

Misas y procesiones eran sus acontecimientos sociales. Dios era esa mezcla de mansedumbre y amparo que él tanto precisaba. Pero un día descubrió que los mercaderes no se habían salido de los templos, sino que, por el contrario, habían echado a Cristo. Vio que los descalzos no tenían cabida en las basílicas y salió a la calle a encontrarse con ellos; conoció a los pobres y los que padecían injusticias, a los eternos sonrientes y a los necios de siempre. También se encontró con el amor de una mujer por primera vez; era una muchacha rubia y robusta como sacada de una estampa de una campesina rusa. Se amaron en las siestas bochornosas de Corrientes, mientras él dejaba los hábitos. Seguramente ella recordará esos tiempos mientras espera en la cárcel de mujeres, donde está en estos momentos. Junto con los hábitos, él abandonó los signos mágicos y las distinciones, por delante la incertidumbre de los mil caminos. Cual eligió el *Gordo* ya no importa, todos llegaron al mismo punto. Fue en ese momento que lo vi por última vez, trabajaba en una cooperativa de ladrilleros a la orilla del río. Había perdido la blancura que le dieron los claustros, estaba tostado por el sol, aprendía con sus compañeros de trabajo a vivir como se lo había propuesto. Eran los tiempos de la esperanza, el futuro parecía estar entre las manos. Pero, como ya se sabe, las cosas salieron mal y todos saltamos por el aire como verdaderas hojas en la tormenta.

Al cabo de un tiempo empezaron a aparecer los nombres de los presos y los muertos y el número de los desterrados. El estaba entre los primeros y yo entre los últimos. Así pasaron estos últimos cuatro años, yo caminando y él clavado en su cruz entre las rejas. Para no atormentarme, no quiero pensar en los laberintos de su tortura, no quiero ver su cuerpo fofo en la camilla ni imaginarme sus ojos agrandados por el espanto; pero no puedo callarlo.

Amalia Pérez

### En memoria de Edgardo Domingo Guerra, muerto en Argentina

Señor director:

En la edición número mil de ese periódico, en el artículo sobre los suicidios en las cárceles Argentinas, he tenido la confirmación de un hecho sobre el que ya había recibido algunas noticias verbales.

Edgardo Domingo Guerra se suicidó en la cárcel de Rawson. No fui de ninguna manera su amiga profunda, solamente compañeros de ruta entre los años 69 y 73 aproximadamente. Si bien el tiempo no fue mucho, era una época en que las relaciones humanas se intensificaban, como si fueran conscientes del apuro.